

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8638

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7-50 id.—Extranjero, tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 29 de Octubre 1888.

CURA inmediatamente toda
Disenterias, diarreas (de los niños y de las embarazadas), cólera, tífus, catarros y afecciones del estómago.
BISMUTO Y CERO
VIVAS PEREZ
DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

CAPITAL

Rs. vn. 48.000.000 efectivos,
147.251.080 en reserva.

23 AÑOS DE EXISTENCIA Y RVN. 126-245-344-77

abonados por siniestros

Seguros á prima fija contra incendios

—(o)—

Sucursal en Cartagena:

Vinda de Soro y Compañía,
Risueño 15 (antes Caballos.)

LA SEMANA ANTERIOR

Ya, que quiera ó que no quiera me vuelve á tocar el turno, y vuelvo á hallarme de nuevo entre un silencio profundo, pensando para mí solo cuáles fueron los asuntos que la semana anterior ocurrieron. Uno á uno recuerdo perfectamente, y me dejan taciturno po que no encuentro, según á discurrir acostumbro, ninguno que me parezca digno de contar al público. Pero dejaré correr la pluma, que ha rato empuñó, y veremos si á la postre os cuento sucesos alguno.

Estamos perdidos desde que la raza gitana se ha empeñado en *extraviarnos*.

En las columnas de EL Eco se daba cuenta el otro día de un hecho de esta índole, que al menos á mí, no ha dejado de llamarme la atención.

Si esas mujeres persisten en su idea, no vamos á poder salir de casa.

Porque es natural. ¿A qué sé: viviente que use pantalones no seducen las cariñosas frases que, dichas en *cató*, emplean esas gentes de *faldas* para arrebatarlos de nuestras casas paternas?

¿A qué joven de esos jóvenes que se parran por *chicolear* á una caña de escoba en figura de mujer, se le acerca una de esas y no la escucha con verdadera efusión?

¿Y quién no la sigue, sabiendo que ellas convidan á *castañas*?

Ustedes creerán que yo exagero: ¡qué tiene que ver—dirán algunos de mis lectores—que una desarripada gitana arrebate un niño, para que nosotros corramos peligro!

Seguramente no se han fijado ustedes.

El primer ser seducido fue un niño, no una niña. Ellas y no ellos son quienes seducen, y claro es que el sexo *seducido* ha de seguir siendo el fuerte.

¿Que han empezado por un pequeñito? Es lógico. Por algo se empieza.

Peró vamos del mal al menos, si se contentan con obsequiarnos á *castañas asadas*, no salimos perdiendo.

Ellas nos dan la *castaña* y nosotros podremos darlas... un disgusto poniéndolas á buen recaudo *preventivamente*.

Y luego habrá quien se queje de que el pescado está por las nubes. Es decir, que el precio á que se expende, á manera de Montgolfier, se eleva más cada día. ¡Cómo se conoce que quien esto dice no madruga!

Y no lo digo precisamente por aquéllo de que «quien madruga Dios le ayuda», sino porque en las primeras horas de la mañana, anda por esas calles un mozo (hablando propiamente, esto no lo puedo asegurar) que sobre un carretón de regular tamaño conduce millares de pescados de todas clases y de todos colores, que expende ¡pásmense ustedes! á cinco céntimos cada veinte.

Ustedes—esto va con las lectoras—no estarán enteradas de este comercio, pero sus respectivas domésticas, de seguro que sí.

Como que no hay una que deje de comprar, á diario, su veintena de pescados.

Y pobre vendedor si da 19 por 20! ¡Menudo escándalo que le arman!

Las cocineras respectivas podrán enterarlas con más detalles de cuanto digo. Hasta es posible que confiesen—si no *piensan libremente*—que su *sisa* consiste en los cinco céntimos para pescados. ¡Porque si al fin son hijas de puerto de mar, naturalmente han de tener afición por la pesca.

Y luego como en ella, hay de todo, desde el *pulpo* hasta la *almeja*, se puede escojer.

Esto, después de todo, tiene su ventaja. La que se tira al cuerpo un cucurucho de veinte pescados de caramelo, porque son de caramelo, esa pierde las ganas de desayunarse. Y lo que no va en lágrimas, va en suspiros!

Mal que bien, voy escribiendo y llenando mis cuartillas...

Si yo paso fatiguillas la *revista* va saliendo.

¿Y habrá quien se atreva á decir que Cartagena está aburrida?

Quien afirmarlo *intente* no alcanzará perdón

No vieron ustedes ayer las anunciadoras?

No, pues yo iré recordando todos los pasquines que en ellas aparecían:

Teatro Principal, tarde y noche fantoches.

Teatro Maíquez, tarde y noche zarzuelas.

Teatro Circo, tarde D. Juan Tenorio.

Plaza de Toros, Gran titirritada.

Si estas diversiones les parecen pocas, que venga Dios y lo vea, que á él únicamente le es dado asistir á todas ellas.

Yo no concurrí á ninguna por no desairar á las restantes; pero tengo entendido que en todas hubo animación.

Los niños, fueron de fantoches.

Los que gustan de tango, á Maíquez.

Los aficionados al legendario personaje que anualmente se exhibe, fueron al Circo, y los *titiriteros* á la plaza.

Me parece que hubo espectáculos para todos los gustos y para todos los bolsillos.

D. Juan Tenorio ya está disponiéndose para hacernos la visita nocturna de todos los años.

¿Comprenderían ustedes la fiesta de Todos los Santos sin el D. Juan?

Creo que no. El Tenorio es á la festividad del primero de Noviembre como el turrón á la Pascua ó el sorbete al mes de Agosto.

Es tal la costumbre de ver en escena al Tenorio ese día del año, que siempre, siempre se llenan los teatros por saludarle.

En cambio, si alguna vez se exhibe en alguna otra ocasión, quizá por no ser esperado, es recibido friamente y sin gran auditorio.

¡Oh poder de las tradiciones!

J.

Variedades.

EL FIN DE UNA MONARQUIA.

(DE ALEJANDRO DUMAS, PADRE.)

Entre otras muchas cosas interesantes de la rápida campaña de 1866, tomamos un hecho que casi ha pasado inadvertido en el estrépito de los acontecimientos.

Este hecho, es la hermosa defensa del rey Jorge V, y del ejército hannoveriano, en el campo de batalla de Langensalza.

Fué ésta una valiente protesta del valor contra la fuerza brutal del número. El rey Jorge V de Hannover, en 1866, era un príncipe liberal, benévolo, adorado de sus súbditos.

Era ciego de nacimiento.

Poseedor de grandes bienes patrimoniales, (particularidad original en un monarca), no costaba un cuarto á la lista civil de su pueblo. Se contentaba con su fortuna privada.

Protegía las artes y las letras con entusiasmo y parecía deber hacer aun durante muchos años, la felicidad de los hannoverianos, cuando estalló la guerra entre Prusia y Austria.

El 15 de Junio de 1866, Bismarck, le envió un despacho en el cual, en nombre del rey su amo, ofrecía á Hannover una alianza ofensiva y defensiva, á condición de que Hannover sostuviera, en la medida de sus fuerzas, á Prusia, con hombres y soldados, dando el mando de su ejército al rey Guillermo.

El rey Jorge, reunió su Consejo de Ministros.

El despacho de Bismarck, añadía que, si la proposición pacífica no era inmediatamente aceptada, el rey de Prusia, se consideraría como en estado de guerra con Hannover.

A pesar de esta amenaza, el Consejo del rey Jorge, respondió al despacho con una negativa así formulada:

«Su majestad el rey de Hannover, rehusa la proposición de S. M. el rey de Prusia, por que á ello le obligan las leyes de la Confederación Germánica.»

Esta respuesta, transmitida telegráficamente, llegó á media noche á Berlín; á las doce y cuatro las tropas prusianas, concentradas en Münden, entraban en Hannover.

Un cuarto de hora había bastado á Prusia para recibir la negativa y dar la orden de entrar en campaña.

La rapidez en la ejecución, ha sido siempre una de las causas de los éxitos de Bismarck. Inmediatamente fueron transmitidas las órdenes á los diferentes cuerpos del ejército hannoveriano de ponerse en movimiento y reunirse en Goettingue.

A la mañana siguiente el rey Jorge dejaba la capital para ir á ésta última ciudad.

Esta circunstancia hizo ver al príncipe lo extenso de su popularidad. Toda la gente estaba de pie á pesar de ser tan temprano, y le acompañó gritando y dando vivas, hasta la estación del camino de hierro.

—¡Viva el rey! ¡viva Jorge V! ¡y que vuelva victorioso!

El rey subió al vagón real en medio de un concierto de lágrimas y sollozos. Hubiérase dicho que cada hija perdía un padre, cada madre un hijo, cada hermana un hermano.

Las mujeres se precipitaban al estribo para besarle la mano al rey. Fue preciso que la locomotora silbara cinco ó seis veces la señal de partir, y por fin arrancar á la multitud de las portezuelas á que se agarraba.

Dos días después el ejército acudió de todas partes agrupándose alrededor de Jorge V, que debía establecer su cuartel general en Goettingue.

El entusiasmo era general; en esta guerra que empezaba, todos los votos, todas las simpatías estaban por Austria.

Se agradecía al príncipe haber obedecido á esa corriente de la opinión.

Todos los soldados viejos licenciados que no había tiempo de llamar, corrían por sí mismos á reunirse á sus banderas. Todos partían alegres reclutando en su pueblo y por todo el camino la mejor gente posible. El tercer día, el rey Jorge dió la señal de partir: su objetivo era reunir un ejército de cerca de 16.000 hombres al ejército bávaro, que contaba con 80.000 soldados, á las órdenes del príncipe Carlos de Baviera.

El rey de Hannover envió un correo á este último para advertirle de su movimiento de avance.

Durante este tiempo, los prusianos, por su parte, habían maniobrado; tres cuerpos de ejército, venidos por tres direcciones distintas se habían acercado á Goettingue encerrando á los hannoverianos en un triángulo.

El rey Jorge se dirigió hacia Gotha; en la carretera se encuentra el pueblito de Langensalza, donde acampó el ejército hannoveriano.

Desde la mañana, su vanguardia era atacada por dos cuerpos de ejército prusiano; y la rapidez de su fuego indicó enseguida que debían estar armados de fusiles de aguja (esta infernal sorpresa de la guerra de 1866.)

El primer encuentro tuvo lugar en las orillas de un riachuelo llamado de Unstrut.

Al ruido de la fusilería, el rey puso su caballo al galope para llegar lo más pronto posible al lugar donde se libraba la batalla.

—¿Hay algún punto elevado desde donde se pueda dominar el combate?—preguntó al rey al oficial de estado mayor, que tenía por un imperceptible brido el caballo del soberano ciego.

—Hay una colina á medio kilómetro del Unstrut, pero está al alcance del fuego enemigo.

—Allí está mi sitio—dijo el rey.—¡Vamos, señores!

Y poniendo su montura al galope se colocó sobre la cima más elevada de la colina. Su caballo era el único de color blanco y podía servir de punto de mira á las bombas y á las balas.

Al lado del rey estaba su hijo el príncipe real, que le daba cuenta de todos los movimientos.

Habiase empeñado la batalla, los prusianos habían rechazado á las vanguardias hannoverianas, y estas habían tenido que reparar el riachuelo.

En seguida un fuego de cañón muy vivo se cambió entre la artillería hannoveriana y la artillería enemiga colocada al otro lado del